

LA LITÚRGIA EN EL ORATORIO

Me han pedido que les diga algo sobre la liturgia en el Oratorio. Y, para empezar, yo me pregunto ¿es que en el Oratorio se hace una liturgia diferente a la del resto de la Iglesia: liturgia de las horas, Eucaristía, meditación de la Palabra, oración real en la caridad...? La liturgia es la oración de la Iglesia, en la cual Cristo está presente. Quizás en el Oratorio se pueda subrayar un aspecto más que otro; de todos es sabido, por ejemplo, que algo que nos caracteriza es la celebración del sacramento de la reconciliación y la dirección espiritual, siguiendo la herencia de n. p. san Felipe Neri. Como también hay que tener presente el papel importante que ha tenido la música en el Oratorio. Y aún, no se puede dejar de lado la influencia que los padres dominicos y los benedictinos ejercieron en la formación de n. p. san Felipe Neri.

La liturgia es la oración de la Iglesia. Nosotros somos Iglesia. El Oratorio, lugar donde oramos. Nosotros somos Oratorio. Decía el P. Giulio Cittadini el año 1992 en el Encuentro internacional de Sevilla: “La oración personal y comunitaria, comunitaria en tanto que personal y viceversa, es parte integral, el hecho la más esencial, de la naturaleza del Oratorio. El Oratorio nace de la oración de sus miembros, unidos en la oración de Cristo. Los biógrafos de San Felipe Neri están de acuerdo en decir que con el paso de los años se volvía más y más contemplativo, siempre dedicado más exclusivamente a la oración. En la celebración eucarística entraba en éxtasis, y así, en su habitación o desde la capilla contigua, contemplaba largamente su bella y querida Roma, tan inmersa en la naturaleza, en la creación. De este contemplativo místico, escribe Bouyer: “Vivía del todo naturalmente el sobrenatural”. San Felipe fue y es, sobre todo, un maestro de la oración. No porque la haya teorizado ni reducido a esquemas hermenéuticos, lo cual es completamente inconcebible, sino porque la vivió y podría decirse que la sufrió de manera ejemplar, como una conversación directa e inmediata con Dios. Él prefería la oración breve, jaculatorias cortas, repetidas como a manera de letanía. Por eso abreviaba algunas de las oraciones más habituales, como el Ave María. En el centro no obstante, y sobre todo, estaba la Eucaristía, ciertamente no breve, como acostumbra a ser por nuestra parte, como una de las muchas cosas que hacer en el día, sino como una contemplación del regalo infinito que Dios hace de sí mismo bajo las especies del pan y el vino...

Y si la liturgia es la oración de la Iglesia, también es nuestra oración personal. El éxtasis de San Felipe nos recuerda que la misa es un misterio de fe, no obra nuestra, del hombre. Salva como sacrificio de Cristo, único, suficiente, irrepetible, presentado al Padre en el sacramento pascual, culmen y fuente de nuestra santificación. La celebración eucarística es proclamación y manifestación de este misterio: es una palabra que lo expresa y un signo que lo anuncia más allá de los mismos conceptos. Ni racionalismo, ni teatralidad, y sin embargo es discurso ordenado y expresivo de los signos sagrados. Y luego el silencio sagrado, no el parloteo continuo... Por lo tanto, no se celebra en todas las circunstancias, en cada ocasión. ¿No celebramos demasiadas misas? ¿A veces no es más apropiada alguna otra forma de oración? ¡Un poco más de variedad! La Eucaristía es la paradójica

acción de gracias de Jesús al Padre por la que él, Jesús, no estaba para recibir sino para dar: su Cuerpo Crucificado, su sangre derramada: “¡Haced esto en memoria de mí!” Y lo que nos dice es: aprendan de mí a ¡darse a sí mismos para agradecer al Padre poder hacerlo! No sólo repetir este rito, sino ¡buscar vivir lo que el rito significa y contiene!”.

Sí. Tenía razón el P. Giulio. Hablamos mucho y escuchamos poco, cuando resulta que Dios nos ha dado solo una boca y dos orejas. El Oratorio debería convertirse en una verdadera escuela de oración, meditación y contemplación, en este mundo contradictorio, que por un lado parece adaptarse a un materialismo ciego, y por el otro manifiesta siempre la profunda e incontenible necesidad de establecer una relación auténtica con el Absoluto y, por lo tanto, la necesidad de recogimiento, de interioridad, de salvarse de la rutina que lo abrumba. Es curioso comprobar cuánta necesidad tiene el hombre de hoy de encontrar esa paz interior buscando el Trascendente. Cómo surgen métodos de meditación que son característicos de las religiones orientales como el budismo, el hinduismo y similares. No tengo nada que decir en su contra; pero ¿tan malo es el testimonio y la vivencia de lo que es propio nuestro, de la auténtica oración cristiana, que lleva en su mismo interior la presencia del Trascendente, de Dios (“interior intimo meo, superior summo meo”)? Me perdonarán la pregunta, pero es doloroso comprobar cómo en algún colegio de nuestra familia filipense se prefiere el zen a la Eucaristía o a la recitación de los salmos.

Seamos capaces de señalar el camino del recogimiento, de la oración, de la contemplación –ésta no sólo de la Eucaristía expuesta en la custodia–, desde nuestra unión con Él por el trato cotidiano de la Palabra, discerniendo con la oración y desde esa unión cuál es su voluntad para salir al encuentro de los enfermos, de los jóvenes, de los niños, de las necesidades del mundo...

Nuestras Congregaciones del Oratorio, conscientes de su carisma, de su ‘naturaleza’, han de ser reales y verdaderas escuelas de oración.

El carisma, lo específico, la liturgia del Oratorio, sigue siendo sin embargo, la hilaridad, la sonrisa, la discreción: “Sé bueno, si puedes”. Con aquella dulzura que, a pesar del vivo compromiso pastoral, deriva de María, de la devoción sincera y formada, que el Oratorio heredó de n. p. san Felipe Neri, hacia María, la Madre de Jesús, la madre de Dios, la verdadera fundadora del Oratorio, como decía él. Ella, María, nos ayuda, en nuestro celo apostólico, a no caer en la dureza de esa eficiencia que a menudo el trabajo lleva consigo. Ella, contemplativa como lo es del misterio de Cristo, nos recuerda que incluso al hacer el bien, nunca debemos dejar de ser buenos.

La alegría, a más, sigue siendo la insignia del Oratorio, de la familia oratoriana. Decía el P. G. Cittadini: “En la Iglesia, esta simple y feliz familia representa la sonrisa. La sonrisa es lo que somos, como vocación, en el cuerpo de Cristo que es la Iglesia”. Desde que vi la película “Preferisco il Paradiso”, no dejo de tener presente la sonrisa de n. p. san Felipe Neri dormido ya con el Señor, y que provoca aquella explosión de alegría en aquella niña que desde su inocencia entiende la resurrección, y por ella la explosión de alegría en todo el pueblo fiel.

Sí, en nuestro mundo, esa sonrisa es una provocación, un signo de contradicción, un punto de ruptura que despierta asombro, estupor. Pero sabemos que detrás de la maravilla siempre está la pregunta, siempre nace el pedir explicación y detrás de esta surge el camino la fe, la respuesta de la fe. Porque, a pesar de todo, Cristo ha resucitado y vive. Es esta fe la que anuncia alegría, que inspira confianza y

esperanza, incluso cuando las circunstancias parecen invitarnos a la desesperación. Sí, Cristo, nuestro Salvador está presente, está entre nosotros y nos guía paso a paso hacia su Reino, haciendo que todo concuerde con nuestro verdadero bien.

Si no les importa voy a acabar esta breve exposición con unas palabras que yo dirigí a los miembros de mi Congregación hace unos años:

Estoy seguro de que tenemos que seguir manteniendo nuestra buena tradición, los valores que nos vienen del pasado. Debemos ser humildes y dejarnos enriquecer con la herencia recibida, que no es poca: **una liturgia vivida** y bien celebrada, capacidad de comprensión y acogida para llevar a buen término y lo mejor posible el ministerio de la confesión y de la guía espiritual, una opción propia de n. p. san Felipe como son los niños y los jóvenes, el compromiso con la libertad personal-comunitaria, la apertura y puesta al día de todo lo que sea cultura, la encarnación en la realidad de nuestra Iglesia diocesana (más concretamente la que vive en Gracia) y también en la realidad de la misma villa de Gracia, etc.

Así pues:

- A la luz y trato familiar y cotidiano de la Palabra de Dios, tratemos de descubrir, contemplar y amar, agradeciendo y celebrando, la presencia y la obra de Dios en cada persona.

- Deseemos siempre de ser una sola cosa con aquel amor que no permitió a Cristo quedarse a medias sino llegar hasta el final. Que nuestra vida sea consecuencia del Amor del que fue lleno el corazón de n. p. St. Felipe y que también llena el nuestro.

- Con humildad, sencillez y simplicidad hagamos que nuestra vida sea un no anteponer nada al amor de Dios. Es Él quien obra cada vez más y nosotros menos. Pensemos en lo de no hablar nunca de Él como de un ausente o en lo otro tan sabido de no desear, pedir o hacer nada que no sea por Jesucristo.

- Y ya que la presencia de Dios gana terreno a medida que se convive con ella, velemos y mejoremos nuestra liturgia. **Vivamos nuestras celebraciones y hagámoslas vivas. No nos quedemos fascinados contemplando solamente la Eucaristía, la tenemos que hacer vida en las sencillas realidades cotidianas**, siendo testigos en medio de nuestro pueblo, llevando el Evangelio en medio de los conflictos históricos de nuestro tiempo. Como Iglesia que somos hay que dar sentido a la vida, que nuestra misión sea de verdad de denuncia profética y de integración social.

- Esto nos lleva a la caridad, al amor fraterno, porque si vivimos del amor de Dios debemos estar disponibles ante las necesidades del prójimo. Siempre, pero quizás mucho más en este tiempo que vivimos, sentimos con insistencia la súplica de nuestros hermanos que a nosotros precisamente nos dicen: "Hacednos ver a Dios! Háganos ver y encontrar su amor! Tenemos necesidad!". Debemos vivir siendo transparencia del rostro de Dios, de su amor, de su misericordia... a través de nuestro ministerio, de nuestro apostolado, de nuestro, en definitiva, ser hijos de un Padre que ama y, por tanto, hermanos de los demás. Y es que si vivimos en Cristo, en Él lo vivimos todo. Vivamos nuestra vocación!

- Y nuestra vocación nos lleva a aceptar la invitación de Jesús de dejar el mundo para amar el mundo. Humildad, obediencia, pobreza, entrega... junto con la oración, son las herramientas que necesitamos; pero, por encima de todo, no olvidemos que la fidelidad a Dios, al Amor,

es lo que hace de nosotros unos testigos de Él en el mundo. Porque estamos en el mundo, pero no somos del mundo... Y Jesús rogó diciendo: "Santifícalos en la verdad, que es tu palabra. Como tú me enviaste al mundo, yo también los he enviado".

P. Ferran Colás Peiró, C.O.